

espejo el primer lúceru del atardecer. En estos instantes se estaba componiendo bajo la batuta directora de la Naturaleza la gran sinfonía de la noche: canto de grillos entre los surcos de lo que parecían descolgarse del negro manto, y allí verde, chillido de murciélagos y aves nocturnas entre el pequeño grupo de los frutales el viento con su voz grave y señorial, contándole a las ranas historias de lejos..., del pasado.

José se estremeció; sintió frío, y cogiendo la pequeña silla entró en su cabaña. Antes de seguirle, el perro se volvió y ladró a las tinieblas como queriendo dejar bien sentado que nadie podía molestar a su amo, que la entrada a su aposento estaba bien defendida. Después pasó dentro también, y se restregó remolón contra



los pantalones raídos del amo. José se sentó en el catre, y lo acarició..., despacio..., con movimientos pausados..., rozándole apenas la piel de un color suave, acanelado. Después se levantó, se quitó la ropa que colocó amorosamente doblada sobre una silla y se metió en la cama, arropándose con una manta.

Ni siquiera se había acordado de comer algo. El huevo que por la mañana recogió del gallinero, habitado por dos viejas gallinas que apenas ponían, aparecía frío sobre el poyo de la chimenea como un canto de río, blanco..., iluminado por la luz que entraba por la puerta sin cerrar...; luz de luna fría..., luna que caracolea-

ba en la acequia..., caballito de luz en la huerta.

No sentía sueño, y se puso a rezar. No un Padre Nuestro ni un Ave María, no. Esas oraciones confeccionadas a la medida de todos los católicos no se las había enseñado nadie. El rezaba a su manera, sintiendo la necesidad de pensar en Quién hacía aparecer el sol por las mañanas y lo movía hacia su ocaso; En el Ser que movía a los hombres, y a los elementos, con hilos de marioneta en el gigantesco teatro de la creación.

Miró a su perro que dormitaba tranquilo en un rincón de la pequeña estancia. ¡Qué amigo tan fiel en su soledad! Parecía mentira que un hombre y un animal se hubiesen podido compenetrar de tal manera; pero es que las almas sencillas siempre saben captar la maravillosa belleza de todas las cosas creadas, pequeñas como una florecilla o un pequeño perro.

Ya José dormía, mientras la luz seguía entrando por la puerta besando silenciosa las paredes encaladas de la cabaña. El canto del cucullillo se oía monótono y lejano, y en entorchado panel del firmamento se ahuecaba infinito como el manto fastuoso de un monarca.

En el pueblo, no muy distante, quizás alguna taberna continuase abierta. El mozo estaría posiblemente dormido sobre el mostrador, mientras en una mesa dos o tres hombres hablarían poco, sin atreverse a tomar el último trago de sus vasos medio vacíos.

Habían pasado un par de horas cuando José despertó sobresaltado. Sintió una fuerte punzada en el pecho que le hizo abril los ojos y mirar extrañado en todas direcciones.

La noche pareció detenerse un momento ante el estupor del viejo. Luego todo siguió igual: los grillos, el agua, y el viento armonizando en un vocablo de sonidos.

José se recostó de nuevo en la cama, pero al posar su cabeza sobre la fría almohada, una tromba de fuego se le vino a la garganta.

De pronto, la luz que entraba por la puerta se le antojó amarillenta y mortecina como si un velo negro se hubiese corrido a la entrada.

Un sudor helado le chorreaba por la cara, y los pequeños ruidos nocturnos se le hicieron atronador murmullo en el cerebro.

El aire le entraba con dificultad en los pulmones que subían y bajaban desacompañadamente. Con mucho trabajo consiguió desclavar una pequeña estampa de la Virgen que estaba en la pared, sobre su cabeza, y se la llevó a los labios febriles.

En un instante, todo lo que antes era maremágnum de sonidos se convirtió en pesado silencio, y al mismo tiempo su cuerpo se contrajo espasmódicamente, mientras él se sentía impulsado al otro lado de la habitación.